

Por qué ser inteligentes no nos hace menos estúpidos

o cómo la filosofía puede
salvarnos de nosotros mismos

Steve Nadler
Lawrence Shapiro

Traducción de Carlos Muñoz Somolinos



bauplan

Índice

Agradecimientos	9
Introducción. La crisis epistemológica actual	11
1 Pensar bien y pensar mal	21
2 Cómo ser razonable	57
3 Pensar y explicar	73
4 Pensar mal, actuar mal	97
5 La sabiduría	121
6 La vida filosófica	137
Conclusión. Pensar con responsabilidad	167
Notas	171
Bibliografía	179

INTRODUCCIÓN

La crisis epistemológica actual

Algo va muy mal. Un número alarmante de personas en todo el mundo empiezan a abrazar ideas extravagantes y, a veces, peligrosas. Creen que las vacunas provocan autismo. Rechazan el consenso científico sobre el cambio climático, que consideran una estafa. Creen que hordas de criminales («asesinos y violadores», en palabras de algunos políticos) están invadiendo Estados Unidos desde la frontera sur. Culpan a la tecnología 5G de la expansión del COVID-19. Un número cada vez mayor de conspiranoicos, reunidos bajo la bandera de QAnon, están convencidos de que eminentes políticos y estrellas de cine son miembros de una logia pedófila y caníbal. Mientras tanto, los conocidos como «birthers» siguen insistiendo en que la presidencia de Barack Obama fue ilegítima porque no era un «ciudadano americano». Y a la vez, un porcentaje sorprendente de estadounidenses sigue creyendo que Donald Trump ganó las elecciones presidenciales de 2020.

Nada fundamenta estas creencias y hay suficientes datos, al alcance de cualquiera, que prueban, de hecho, que son falsas. Aun así, hay gente (incluso formada, inteligente e influyente) que sigue aferrada a ellas. El economista Paul Krugman, columnista del *New York Times* y ganador del premio Nobel, las llamó «ideas zombies»: siguen circulando después de «muertas», desmentidas y refutadas.¹ Es aún más preocupante que la gente que cree cosas como estas acabe por adherirse a corrientes políticas que recogen sus delirios y voten a políticos que (compartan estas ideas o no) prometen llevarlas a cabo. Todavía es peor que estas personas lleguen a sostener y defender ideas que motivan decisiones políticas contrarias a sus propios intereses.

Hemos puesto algunos ejemplos de «malas ideas», pero podríamos multiplicarlos e internacionalizarlos. Por todas partes encontramos resultados electorales, decisiones políticas y derivas sociales, por no hablar de acciones concretas, ya sean inocentes o malintencionadas, que parecen situarnos ante una epidemia mundial de malas ideas. En cualquier caso, nosotros nos centraremos en el país que mejor conocemos y en los ciudadanos con los que convivimos y trabajamos: Estados Unidos.

En este libro queremos explicar cómo esas malas ideas son abrazadas por buenas personas. Nos preguntamos cómo es posible que tanta gente pueda equivocarse tanto en sus creencias y, como consecuencia de ello, en sus acciones. La forma en que llegan a formar y defender estas opiniones es nociva y lo es también su incapacidad para advertir las consecuencias morales de actuar basándose en ellas. Los asuntos filosóficos que tratan la epistemología, que estudia cómo justificamos nuestras ideas y la forma en que el conocimiento se diferencia de las creencias, y la ética, el estudio de los principios morales que deberían regir nuestra conducta, pueden ayudarnos a entender el peligro al que nos enfrentamos. Además, proponemos un camino, dejando de lado todo este delirio, guiado por las herramientas de la filosofía: sus preguntas, sus métodos e incluso su historia milenaria de consejos sobre cómo llevar una vida buena, racional y reflexiva.

El diagnóstico, quizá cruel, aunque inevitable, sobre el estado de cosas actual es que un número significativo de personas no piensa de forma razonable ni responsable.² Y el auténtico problema es que esto no es por falta de conocimiento, formación, talento o agudeza. Es evidente que actuar despojado de cualquier conocimiento, o sin las aptitudes necesarias, puede tener consecuencias desagradables pero, en ese caso, quien actúa así está exento de culpa (de culpa moral, en el caso de no poder actuar de otra manera, e incluso de culpa epistemológica, si no puede pensar de otra manera). A veces no queda más remedio que actuar desde la ignorancia porque no está a nuestro alcance un determinado conocimiento o porque no sabemos adónde nos dirigimos. Por eso nos gustaría indagar sobre la diferencia entre el mal razonamiento y la falta de inteligencia. La gente poco inteligente que, simplemente, no sabe qué hacer ni cómo hacerlo, como todo persona ignorante o inculta, puede perpetrar actos que acaben provocando más mal que bien. Pero, como los ignorantes y los incultos, los tontos no pueden ser culpados por sus actos estúpidos. Hay pocas

personas, si es que hay alguna, que sean tontas voluntariamente, por lo que no suele resultar útil señalarles por la torpeza de sus actos.

Por otro lado, las malas ideas, tal y como las entendemos, sí merecen ser señaladas. Al contrario de las que son fruto de la ignorancia o de la inteligencia precaria (y recuerden que gente lista, competente y con estudios superiores también tiene malas ideas), esas otras sí que pueden, por lo general, evitarse. Las personas que razonan mal no tienen por qué evitarlas. Podrían ser (o, quizá, deberían ser) perfectamente conscientes de que están asumiendo y defendiendo ideas de forma irracional e irresponsable, e incluso de que lo hacen porque quieren. Por lo general, se niegan a hacer nada para liberarse de su estado. Algunos filósofos y psicólogos han insistido en el poco control que tenemos sobre nuestras creencias, en las que el proceso de formación de ideas no depende de nuestra voluntad. Y esto quizá sea cierto respecto a algunas ideas, pero parece evidente que no lo es para otras tantas, muchas de las cuales tienen consecuencias significativas sobre la forma en que diseñamos nuestras vidas y cómo tratamos a los demás. El razonamiento inadecuado es una enfermedad para la que existe tratamiento.

Este libro pretende ilustrar los diferentes aspectos del mal razonamiento para que sea más fácil reconocerlo y lidiar con él. Como vamos a ver, los mejores antídotos para las malas ideas son la inteligencia y el conocimiento, pero también las habilidades prácticas (sí, ¡prácticas!) que nos aportan la filosofía y la historia.

Las malas ideas son obstinadas

Como veremos a continuación, razonar mal es una forma de obcecación que se manifiesta de formas muy diferentes. La primera de ellas, la que muestran quienes niegan el cambio climático, la teoría de la evolución o los beneficios de las vacunas, es epistémica. Eres *epistémicamente* terco cuando eres incapaz de adaptar tus creencias a la realidad. La obstinación epistémica se manifiesta cada vez que alguien se niega a renunciar a sus creencias, por evidente que sea su error. Es una forma de razonamiento precario, insostenible e incluso absurdo, que los estudios identifican en muchos ciudadanos occidentales. Hablamos de personas que se aferran a creencias que no solo no tienen ningún fundamento, desde ninguna óptica posible,

sino que se revelan como falsas tras una mínima reflexión a la luz de las pruebas disponibles. Cuando se razona mal, uno puede llegar a creer lo que quiera creer, sin importar si esa creencia es racional. Y se puede llegar a entender por qué hay quien defiende esas creencias falsas: quizás les hacen sentir seguros, les generan beneficios económicos o personales, o las defienden personas a las que admiran, pero estas no son razones epistémicas, que justifiquen tales creencias o sirvan como verdad para fundamentarlas.

La otra forma de obstinación que está en la base de las malas ideas (y que nos señala la dimensión moral del problema) es la obstinación normativa, que se revela en la falta de sensatez: si una persona *epistémicamente* obstinada se aferra a una creencia aunque haya razones suficientes para desmontarla, una persona *normativamente* obstinada se empeña en seguir una norma aunque sea absurdo aplicarla en una determinada circunstancia. La gente normativamente terca es incapaz de identificar cuándo una excepción a una regla no solo es completamente inofensiva, sino que incluso puede resultar beneficiosa o evitar algo peor.

La gente que razona mal es obstinada. Es epistémicamente obstinada cuando se aferra a ciertas creencias a pesar de las pruebas abrumadoras en su contra y cuando rechaza asumir las que están fundadas en evidencias igualmente abrumadoras. Es ética o normativamente obstinada cuando se empeña en seguir una norma sin pensar para qué fue creada o si convendría adoptar una excepción. Si aceptamos que la obstinación es voluntaria (o que está bajo nuestro control), podemos reprobar a quien se empeña en razonar equivocadamente, pero no a quien es ignorante o estúpido. Hay ciertas ideas nocivas que siempre pueden evitarse.

Curar la obstinación

Pero, ¿cómo una persona epistémicamente obstinada puede llegar a aceptar que tiene que dejar atrás sus ideas? ¿Cómo una persona normativamente obstinada, fanática de las normas, puede desarrollar un criterio para sus juicios? Un primer paso importante para eliminar la obstinación que está en el origen de tantas malas ideas es conocer los principios lógicos que guían el pensamiento filosófico y científico y las reglas del pensamiento racional. Para dejar atrás las malas ideas, evidentemente, hay que aprender a pensar bien. Y pensar bien

exige conocer y seguir los estándares canónicos de la racionalidad, que permiten formar y defender creencias de forma responsable. En otras palabras, implica saber cómo conocer y poner en práctica el conocimiento sobre el conocimiento.

Hay un nombre en la Antigüedad para denominar este antídoto contra la terquedad normativa y epistemológica: sabiduría. Como sabían Sócrates, Sófocles, Platón, Aristóteles y otros tantos pensadores, la sabiduría es una forma de autoconocimiento. La persona sabia sabe qué es lo que sabe y, no menos importante, sabe qué es lo que no sabe. Además, se preocupa por asegurarse de que sus decisiones y acciones estén guiadas y configuradas desde el autoconocimiento. Plenamente consciente del alcance y las limitaciones de su conocimiento, puede, así, saber qué hacer y qué no hacer. En resumen, la persona sabia es razonable en lo que respecta al pensamiento y a la acción. En consecuencia, su vida (que Sócrates llamaba una «vida bajo examen») será la mejor vida posible para un ser humano. Una forma de prosperidad humana. Los antiguos griegos tenían una palabra para esto: *eudaimonia*, que se puede traducir de forma imprecisa, aunque no arbitraria, como «felicidad».

La ilustración racional

Al valorar el problema de la obstinación epistemológica merece la pena recordar que somos, para lo bueno y para lo malo, herederos del legado intelectual de la Europa de la Edad Moderna. Lo que caracteriza a la filosofía y la ciencia de esta época y señala una diferencia respecto al mundo anterior es el compromiso de adaptar las teorías a la evidencia empírica, no a la autoridad ni a la tradición. Galileo Galilei, Francis Bacon, René Descartes, Baruch Spinoza, John Locke, Isaac Newton y tantos otros propusieron sus explicaciones sobre el cielo, la naturaleza que les rodeaba y la naturaleza humana y la sociedad, sin necesidad de remitirse a las afirmaciones de pensadores anteriores (como Platón y Aristóteles). Tampoco se dejaron guiar por los principios religiosos o los dogmas eclesiásticos; su guía fue la razón (lo que algunos pensadores llamaron «la luz de la naturaleza») y la experiencia. Ya fuera siguiendo la lógica deductiva o el análisis de los datos empíricos, el método científico que desarrollaron consiste en testar las teorías someténdolas a las